

A Julio, superior de nuestra casa,
amigo del alma,
amigo y hermano
en el camino hacia Dios
y en su servicio.

SAN JOHN H. NEWMAN Y SUS AMIGOS: MARCHA *IN DEUM*¹

P. ENRIQUE SANTAYANA LOZANO C.O.
CONGREGACIÓN DEL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI
ALCALÁ DE HENARES

«Con amigos
los hombres están más capacitados para pensar y obrar»
ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* VIII, I

RESUMEN: Se expone cómo se relacionan tres elementos fundamentales en la biografía y en el pensamiento de John Henry Newman: Dios, su interioridad, y sus amigos; cómo la realidad de Dios ordena su capacidad para la amistad franca y su tendencia a sumergirse en un mundo interior; y cómo la amistad se convierte en un valor fundamental para su progreso intelectual, moral y religioso. La exposición recorre los hitos fundamentales de la biografía de Newman y sus amistades más importantes.

PALABRAS CLAVE: John Henry Newman, Dios, interioridad, conciencia, verdad, amistad.

ABSTRACT: It exposes how three fundamental elements are related in the biography and thoughts of John Henry Newman: God, his interiority and his friends; how the reality of God commands his capacity for a true friendship and his tendency to immerse himself in the inner world; and how friendship becomes a fundamental value for his intellectual, moral and religious progress. The exhibition covers the fundamental landmarks in Newman's biography and his most important friendships.

KEYWORDS: John Henry Newman, God, Interiority, conscience, truth, friendship.

¡«Personalidad poética»! Así veía Federico Sopena, ilustre español del siglo pasado, a Newman: aquel que hizo de la relación con sus amigos una «obra

¹ Ponencia tenida en el IV Congreso de Filosofía y Teología UCAV-KU Eichstätt: Filosofía y teología del amor de amistad (28 de mayo de 2023).

poética personal»². Newman, en su afanosa persecución de la verdad, aparece ante nosotros como un nuevo Eneas con sus troyanos, camino de una Roma desconocida³. El empeño épico del hombre de Oxford se muestra ante nosotros como el del antiguo héroe, pero con la fuerza de la realidad vivida.

Sin embargo, la vida, se entrega a la historia y solo permanece en la memoria como una imagen... pasa, su fuerza vital se disuelve. A no ser que se adentre en el Eterno. Es lo que hace Newman. Su *personalidad poética* nos arrastra con la fuerza de la realidad que no sucumbe a las sombras de la historia, porque se adentra siempre más en la luz.

I. INTERIORIDAD, AMISTAD Y DIOS

Quien conozca la biografía de «el gran hombre» —así lo llamaban los hijos de su primer amigo de Oxford, John Bowden—, admitirá enseguida que Newman era un hombre de amigos: ellos marcan su devenir y él hace lo propio. Pero Newman se define también por ser un hombre «de interior»: se adentra en la enorme casa del alma a tal profundidad, que, aunque no cierre la puerta, es difícil seguirlo. No es nuevo comparar al británico con san Agustín, se han observado muchos paralelismos entre ellos, y yo señalaría esta aparente paradoja de ser hombres que viven en la profundidad del yo y que al tiempo viven en los amigos.

El de Oxford tenía «una marcada tendencia a la soledad, pero a la vez, fue intensamente afectivo. Fue consciente de esta paradoja y sufrió como una voluntad de Dios el flujo de los afectos a los que vio sometido su corazón. Hay en su obra homenajes a la amistad, elocuentes testimonios de su capacidad de amar»⁴. Además —en esto se aleja de san Agustín— padecía timidez, que quizá favoreció la riqueza de su vida interior. Pero, precisamente porque la timidez no facilita hacer amigos, Newman valoró más el afecto de los que le quisieron.

Otro elemento aparece tanto en la vida de Agustín como en la de Newman: la fascinación ante la manifestación de la verdad de Dios. Al principio uno no sabe si esa epifanía viene de la vida interior o del exterior. Lo que percibe enseguida es su carácter sobrenatural y cómo ordena los aspectos aparentemente contradictorios de la sensibilidad de los dos hombres. Para Newman los

² FEDERICO SOPEÑA, “Prólogo”, en: JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos autobiográficos* (Taurus, Madrid 1962), 13.

³ En la *Apología* Newman hace un paralelismo entre el dolor que siente al rememorar lo ya sufrido en el camino hacia Roma, con el dolor de Eneas, al recordar ante Dido la causa de su singladura, la cruel caída de Troya. Cf.: JOHN HENRY NEWMAN, *Apología pro vita sua* (Encuentro, Madrid 2010) 151-152.

⁴ VÍCTOR GARCÍA RUIZ, “Los amigos de John Henry Newman, y un viejo capote azul”: *Scripta Theologica* 52, 2 (2022), 351-381.

contenidos fundamentales de la verdad de Dios son muy claros desde los quince años; san Agustín tuvo que esperar para identificar la verdad con el Dios de su madre, con el Dios de la revelación. La verdad le asaltó como un destello con la lectura del *Hortensio*, pero no pudo entonces retenerla ni identificar su contorno preciso. Dejó, eso sí, herida su alma con el deseo de encontrarla. Y en su búsqueda se ayudó de sus amigos. Baste recordar el intento de vida comunitaria y filosófica, anterior a la conversión, que nunca llegó a comenzar; o la relación con Alipio, discípulo primero, amigo después, y al que siguió en el acto de fe que le llevó al bautismo. Por su parte, en Newman fue constante el nexo entre los amigos y su itinerario en el descubrimiento y obediencia a la verdad. Así, cuando descubrió consternado que la Anglicana no podía identificarse con la Iglesia Apostólica, se retiró a la soledad, a fin de determinar, en una búsqueda moral e intelectual minuciosa, cuál era la morada de la Verdad, la verdadera Iglesia de Cristo. Y aunque se retiró con la única compañía de su biblioteca patristica, enseguida recibió en la casa un buen grupo de *discípulos amigos*, algunos de los cuales le precedieron en su conversión a Roma.

Agustín, ya convertido, buscó de nuevo establecer un modo de vida común y ahora sí lo realizó, primero en Tagaste, luego en Hipona. Y como testimonio de que la nueva vida era también conclusión de la anterior, que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la supone, la redime y la perfecciona, en la nueva comunidad de vida estaba Alipio, incluso Adeodato, su hijo natural, hasta que prematuramente murió. En Newman vemos una parecida continuidad, entre su vida anterior y posterior a 1845. Buscó encauzar la amistad y vida común que se había formado en Littlemore, y encontró ese cauce en la Congregación fundada por san Felipe Neri. La institución romana fue trasplantada a Birmingham y allí permaneció él, junto a sus amigos, hasta que en su prolongada vejez fueron muriendo uno tras otro, mientras él los lloraba y colocaba sus retratos en la pared de su capilla privada.

No todas las amistades perduraron, solo las que acompañaron su marcha hacia Dios. Con dolor, a las otras les dijo «adiós», aunque las llevase en el alma. La Verdad absoluta aparece en la vida de Newman como criterio para establecer amistades desde joven, lo que se puede ver en sus notas personales sobre la valoración que hace, por ejemplo, de Bowden, de Pusey⁵ y de tantos otros amigos. Para escogerlos a Newman le importa la verdad de Dios y la sinceridad del camino religioso que lleva a él. Conforme a este criterio se aleja de unos, se despide dolorido de otros, avanza con los que siguen su misma senda, y recibe a otros nuevos. Las dos sensibilidades de Newman, su inclinación casi compulsiva a la interioridad y su capacidad para la amistad franca y generosa, fueron

⁵ La valoración de Newman sobre Bowden aparecerá más adelante. Sobre Pusey, cf.: JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos autobiográficos* (Taurus, Madrid 1962), 122-125.

ordenadas por la verdad de Dios y por la verdad de la Iglesia, que en el fondo es la verdad sobre el acceso al Dios vivo.

Pongo ante ustedes un poema de Newman en el que se observa su sensibilidad y la relación de los elementos que venimos comentando. Es una oración. Newman, se ha sentido corregido por Dios y le agradece el beneficio que eso le ha proporcionado. En el primer verso aparece la conciencia, núcleo de la vida interior del británico y de su pensamiento. Junto a la conciencia, la absoluta soberanía de Dios, y junto a él, la amistad.

UNA ACCIÓN DE GRACIAS

«Tú, siendo fiel, me has afligido» (Sal 119, 75)

Señor, en este polvo Tu soberana voz
fue la primera que avivó el amor divino.
Soy todo Tuyo, Tu cuidado y elección,
toda mi alabanza es para ti.

Te alabo, al rastrear Tu providencia
en mi infancia frágil.
En todas tus bendiciones, dadas antes de que amaneciese el sentido,
podría buscar y rastrear Tu gracia.

Bendiciones en la hora de la maravillosa niñez,
sueños brillantes y fantasías insólitas.
Bendiciones, cuando el terrible poder de la razón
llevó mi pensamiento a un límite insolente.

Bendiciones de amigos que, a mi puerta,
sin ser solicitados ni esperados, han llamado;
y, sin embargo, han encontrado en mi hogar
incontables sonrisas llenas de entusiasmo.

Incluso, Señor, en el espacio más querido de la memoria
venero sagradas aquellas épocas tristes,
cuando al mirar hacia lo alto, veía tu rostro
bajo la sombra de una severidad amable.

No querría perder un suspiro o una lágrima,
un golpe en el corazón, o una punzada en la frente.
Dulce fue el severo castigo
y dulce ahora su recuerdo.

¡Sí! Deja que permanezcan las fragantes cicatrices,
marcas de amor en Tu amada,

leves sombras del costado perforado por la lanza
y de la cabeza coronada de espinas.

Y que Tu tierna presión se mantenga aún,
cuando me desvíe o me aleje,
enderezando hacia la verdad mi obstinada voluntad
por Tu camino estrecho.

Niégame la riqueza; lejos, aparta lejos
la tentación de poder o de fama;
la esperanza prospera en la adversidad, en la debilidad, el amor;
y la fe, en la pena de este mundo.

Oxford, 20 de octubre de 1829⁶.

El protagonismo de su vida interior se muestra con una referencia a su fantasía infantil, manifestación de su tendencia a descubrir realidades espirituales tras las materiales: **«Bendiciones en la hora de la maravillosa niñez. / Sueños brillantes y fantasías insólitas»**. También en *Apologia pro vita sua* hablará de esa tendencia⁷ y de las repercusiones que tendrá en su pensamiento filosófico y teológico: la concepción del mundo como un sistema sacramental natural, en el que lo visible aparece como manifestación de lo invisible superior; su fascinación por la filosofía —no por la teología— de los dos grandes alejandrinos, Clemente y Orígenes⁸; y lo adecuado que es a esta visión el sistema sacramental de la Iglesia. Sin embargo, por importantes que sea todo esto, hay que subrayar que el centro moral de su interioridad es la conciencia, a la que alude el primero de los versos: **«Señor, en este polvo Tu soberana voz / fue la primera que avivó el amor divino»**. En lo más íntimo escucha la voz de Dios por primera vez y se le impone el mandamiento del amor a Dios.

El protagonismo de la conciencia da paso a la monarquía de Dios. Así hay que entender también la alusión a la corrección de su soberbia intelectual. Agradece tanto dicha corrección que, de la misma forma que no se han borrado del cuerpo de Cristo resucitado las cicatrices que hablan de su amor por nosotros, pide que no se borren de él las huellas del castigo, que la fuerza de la corrección divina siga pesando sobre él cuando se desvíe o se aleje, y así modele su voluntad hacia la verdad. Aparece aquí la petición de que las virtudes teologales, que lo unen a Dios, prevalezcan aún con el sacrificio de todo lo demás: **«Niégame la**

⁶ JOHN HENRY NEWMAN, *Verses on Various Occasions* (1874), 45-47 «A Thanksgiving».

⁷ NEWMAN, *Apologia*, 52: «Acostumbraba a desear que las *Mil y una noches* fueran de verdad: mi imaginación revoloteaba en torno a influencias misteriosas, poderes mágicos y talismanes... Pensaba si la vida sería un sueño, o yo un ángel, y todo este mundo un espejismo, y que mis compañeros ángeles se escondían de mí mediante un truco juguetón, y me engañaban con la apariencia de un mundo material»

⁸ *Ibid.*, 80-81

riqueza; lejos, aparta lejos / la tentación del poder o del nombre. / La esperanza prospera en la adversidad; en la debilidad, el amor; y la fe, en la pena de este mundo».

De los amigos dice: **«Bendiciones de amigos que, a mi puerta, / sin ser solicitados ni esperados, han llamado; / y, sin embargo, han encontrado en mi hogar / incontables sonrisas llenas de entusiasmo».** Versos que serán citados en la *Apología*, añadiendo: «Han venido y se han ido. Vinieron para mi gran alegría y se fueron para mi gran pena. El que me los dio me los quitó»⁹.

A modo de primera conclusión: la amistad jugó un papel fundamental en su comprensión intelectual de la verdad y en su camino moral y religioso. En ese marco de la búsqueda de Dios hay que comprender el valor y la concreta realidad de las relaciones de amistad de san John Henry Newman.

No hace un año que un gran conocedor y traductor de Newman en España, el profesor Víctor García Ruiz publicó un artículo titulado “Los amigos de John Henry Newman, y un viejo capote azul”¹⁰, que pone rostro a los amigos más importantes de Newman. Mi intención no es tanto describir la amistad de Newman con estos hombres, cuanto mostrar los vínculos de los tres núcleos mencionados: amistad, interioridad y Dios.

II. EL PRINCIPIO: CONCIENCIA, DIOS, CAMINO DE SANTIDAD Y CELIBATO

Antes de los quince años, con algunas lecturas, Newman dio entrada al escepticismo materialista¹¹, pero no creo que llegase a frenar la fuerte tendencia natural que le era propia desde la infancia: su aguda imaginación sobre el mundo invisible, su propensión a desconfiar de la apariencia de las cosas y a buscar una realidad escondida, a aislarse y a tomar distancia de las cosas sensibles¹². En todo caso, a este mundo interior fue empujado a los quince años por un grave revés

⁹ *Ibid.*, 68. Aquí la cita completa: «Nunca tuvo un hombre amigos más afectuosos y pacientes que yo. Mi sentir respecto al modo en que los hice lo plasmé en unos versos que copié ese año de 1829. Hablando de los favores recibidos decía: “dones de amigos que, no solicitados y no esperados, han venido hasta mi puerta”. Han venido y se han ido. Vinieron para mi gran alegría y se fueron para mi gran pena. El que me los dio me los quitó».

¹⁰ VÍCTOR GARCÍA RUIZ, “Los amigos de John Henry Newman, y un viejo capote azul”: *Scripta Theologica* 52, 2 (2022), 351-381.

¹¹ NEWMAN, *Apología*, 54: «Cuando tenía catorce años, leí los escritos de Paine contra el Antiguo Testamento, y me agradó pensar en las objeciones que formulaban. Leí también algunos ensayos de Hume y tal vez el que trata de los milagros. Al menos eso di a entender a mi padre, aunque quizá era solo presunción. Recuerdo también haber copiado unos versos de Voltaire, que negaban la inmortalidad del alma, y haberme dicho a mí mismo algo así como: “qué tremendo, pero es lo más probable”».

¹² Cf.: NEWMAN, *Apología*, 52.

económico del padre, que le obligó a permanecer en el internado durante las vacaciones, a padecer una gran soledad, una enfermedad de tipo nervioso y una crisis espiritual¹³. El mundo invisible e interior tomó todo el protagonismo. El joven experimentó la insuficiencia de lo visible, cómo todo defrauda, se sumergió en sí mismo y encontró algo más grande que el propio yo, el testimonio de una realidad personal anterior al yo y que no tiene su principio en el yo. Es el despertar de la conciencia. Por ella Newman se percibe ante su Creador, el Dios absoluto y, al tiempo, el único ser verdaderamente íntimo, el único que puede «tocar» su alma. Será, desde ese momento, el núcleo vital, el «centro moral»¹⁴ de Newman: «Yo y Dios», «*Solus cum solo*»¹⁵. Además, Newman establece un vínculo entre el Dios que habla en la conciencia y en la Escritura.

En el texto siguiente, fragmento de un sermón de 1833, se ven bien estas relaciones.

«Se impone a nuestra mente la relatividad y debilidad de las cosas de este mundo; sabemos que hacen promesas que luego no cumplen. Las cosas nos defraudan. Y si cumplen lo prometido, no acaban de satisfacernos. Buscamos algo que no sabemos bien lo que es, pero estamos seguros de que el mundo no nos lo ha dado [...]. Si la desgracia nos alcanza —como ocurre a veces—, entendemos aún mejor la nada de este mundo, aprendemos a desconfiar de él y nos desengañamos de su amor, hasta que al final lo terreno se convierte para nosotros como en un velo superfluo que flota ante los ojos y que, a pesar de sus colores, no logra esconder lo que se ve más allá. Comenzamos entonces a percibir, cada vez más, que solo hay dos seres en todo el universo: nuestra propia alma y el Dios que la hizo.

¡Sublime, insospechada, y a la vez certísima verdad!

Las personas más cercanas a nosotros, que son parte del mundo vacuo, es decir, nuestros amigos y familiares a quienes hacemos bien en amar, tampoco representan mucho, en último término, para nuestra vida terrena. Apenas pueden ayudarnos o favorecernos. Los vemos y ellos influyen en nosotros, pero solo a distancia y a través de los sentidos. Realmente no alcanzan nuestra alma

¹³ Cf.: MERIOL TREVOR, J. H. *Newman. Crónica de un amor a la verdad* (Sígueme, Salamanca 2010), 23; Cf.: IAN KER, *John Henry Newman. Una biografía* (Palabra, Madrid 2009), 27.

¹⁴ Cf. JOHN HENRY NEWMAN, *La fe y la Razón. Sermones Universitarios* (Encuentro, Madrid 1993), 341: «La madurez no es la simple adición a nuestros conocimientos, sino la trayectoria, el movimiento hacia adelante, de aquel núcleo moral a cuyo alrededor gravita, por así decirlo, lo que sabemos y lo que vamos adquiriendo».

¹⁵ NEWMAN, *Apología*, 251: «Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como la luz, *in rerum natura* [...] Ahora sé con toda claridad algo que entonces no sabía: que la Iglesia Católica no permite que ninguna imagen material o inmaterial, ningún credo o formulación dogmática, ningún rito, sacramento o santo, ni siquiera la Santísima Virgen, se interponga entre el alma y su Creador. Es por completo un cara a cara, “*solus cum solo*”, entre el hombre y su Dios. Solo Él crea, solo Él redime, ante su mirada imponente iremos a la muerte, en su visión consiste nuestra eterna felicidad». He variado la traducción de Encuentro, que dice: «En presencia suya discurrirá nuestra eterna felicidad».

ni penetran nuestros pensamientos ni son realmente compañeros nuestros. En el mundo futuro, con la gracia de Dios, será distinto; pero aquí no disfrutamos tanto de su presencia como de la anticipación de lo que un día llegará. Por eso los seres queridos se vuelven como humo ante la visión diáfana que tenemos, primero de nuestra propia existencia y, luego, de la presencia de Dios en nosotros como Gobernante y Juez que habita en nuestro interior mediante la Conciencia, que es su representante.

[...]

Por otro lado, la luz de Dios escrita en nuestros corazones que nos manda servirle, nos dice cómo hemos de hacerlo, y la Sagrada Escritura completa los preceptos incoados por la naturaleza. Escritura y Conciencia nos dicen que somos responsables de lo que hacemos y que Dios es un Juez justo».¹⁶

El fragmento ejemplifica el valor de la interioridad, y la fuerza con la que allí se levanta el primer testigo¹⁷ de Dios que es la conciencia. Describe lo fundamental de la primera conversión de Newman, una experiencia que permanecerá inalterada a lo largo su vida, mientras otras percepciones progresan o cambian. Interioridad y conciencia, Dios íntimo y Creador absoluto, voz escuchada en el alma y Palabra de Dios que se revela en la historia. Son los elementos que se concentran en una especie de unidad básica, para expandirse después, como una explosión de vida orgánica, ordenada y jerárquica.

La conversión de Newman se produjo a partir de la percepción de Dios en la conciencia, pero la imagen de Dios se modeló con la verdad de la fe apostólica, de tal forma que el Dios de la conciencia y el Dios de la Revelación quedaron identificados. El Dios de la conciencia es el Dios de la Revelación, el Dios de Jesucristo, el Dios Uno y Trino. Newman conocía sobradamente la Escritura y la doctrina cristiana con anterioridad, lo que posibilitó que identificase la imagen de Dios que proyecta la Biblia y la doctrina cristiana con la voz que resonaba en su corazón. Así se entiende la importante anotación que hace en su *Apología*: «Cuando tenía quince años se produjo en mí un gran cambio interior. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi intelecto la marca de lo que es un dogma, que gracias a Dios nunca se ha borrado ni oscurecido»¹⁸.

Una anécdota significativa: en aquellos meses, antes de cumplir los dieciséis años, Newman compuso una colección de textos de la Escritura que apoyaba la fe en la Trinidad Santa y, enseguida, otra colección similar para confirmar cada una de las afirmaciones del Símbolo Atanasiano¹⁹, al que siempre fue muy

¹⁶ JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones parroquiales I* (Encuentro, Madrid 2007) 57-59.

¹⁷ Cf.: JOHN HENRY NEWMAN, *Carta al duque de Norfolk* (RIALP, Madrid 2005), 73-74: «La conciencia es el genuino vicario de Cristo». El inglés dice que la conciencia es el «aboriginal Vicar of Christ». El sentido, difícil de volcar al español en una sola palabra, es que la conciencia es el vicario de Cristo desde los orígenes, «ab origine».

¹⁸ *Apología*, 54.

¹⁹ Cf.: NEWMAN, *Apología*, 56.

aficionado. Cuando escriba la *Apologia*, aún conservará esas composiciones juveniles.

La importancia de la marca del dogma es tal, que en 1833 se convirtió en el primero de los tres principios²⁰ con los que lideró el movimiento de Oxford²¹; en el principio indiscutible que reconoce como sacerdote católico cuando escribe la *Apologia*²²; y el que vuelve a proclamar en el discurso pronunciado en Roma, ya anciano, cuando es creado cardenal²³.

La verdad del Dios vivo y personal que le concernía en lo más profundo fue, por tanto, desde los quince años, el monarca absoluto en la vida y en el pensamiento de Newman. Pero hay que dar un paso más. Newman entendió que la verdad de Dios imponía una vida de santidad. Con sus quince años consideró esta exigencia desde el punto de vista puramente individual. La influencia calvinista sumada a su tendencia natural a lo interior lo hace comprensible. Sin embargo, al iniciar el Movimiento de Oxford, con treinta y dos años, había introducido esta exigencia individual en un marco más amplio: el de un camino religioso vinculado a una Iglesia visible, pública, con una estructura precisa, sacramentos definidos y una moral clara. Y encontró la imagen que lo expresaba: la de la Iglesia apostólica que él veía viva en los escritos de los Padres de la Iglesia y que reconocía como su madre espiritual²⁴. El eclesiológico es el segundo de los tres principios con los que se inicia el Movimiento de Oxford.

²⁰ Cf.: NEWMAN, *Apologia*, 106: «La primera afirmación [sobre la que me sentía tan seguro] era el principio del dogma. Mi batalla era contra el liberalismo, que representa para mí el principio antidogmático y sus desarrollos. Era el primer punto del cual estaba seguro».

²¹ Newman considerará que el inicio del Movimiento de Oxford hay que fijarlo en 1833, con el sermón pronunciado en la Universidad por John Keble, «Apostasía nacional». Keble fue el primer referente de los tractarianos. Sin embargo, desde el mismo inicio, fue Newman quien lo lideró, tanto por trabajo, como por influencia.

²² Cf.: *Apologia*, 107: «El principio central del Movimiento me es ahora tan querido como siempre lo fue. En muchas cosas he cambiado, pero no en esta. Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra religión ni puedo hacerme a la idea de otro tipo de religión. La religión como mero sentimiento me parece algo ilusorio y una burla. Sería como el amor filial sin la realidad de un padre o la piedad sin la realidad de un Ser Supremo».

²³ Cf.: JOHN HENRY NEWMAN, «Biglietto Speech». En: *ID., Cartas y diarios* (Rialp, Madrid 1996) 162-163: «Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40 o 50 años, he resistido con mis mejores energías al espíritu del Liberalismo en Religión. Nunca como ahora ha necesitado la Santa Iglesia campeones contra esta plaga que cubre la tierra. El Liberalismo en religión es la doctrina según la cual no existe una verdad positiva en el ámbito religioso, sino que cualquier credo es tan bueno como otro cualquiera. Es una opinión que gana acometividad y fuerza día tras día. Se manifiesta incompatible con el reconocimiento de una religión como verdadera, y enseña que todas han de ser toleradas como asuntos de simple opinión. Afirma que la religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento [...]».

²⁴ Cf.: NEWMAN, *Apologia* 85-86: «Yo comparaba la Iglesia, aquel poder lozano y vigoroso en los siglos primeros, con el "Establishment" eclesiástico, dividido, amenazado e ignorante de su verdadera fuerza. En el celo triunfante de la Iglesia a favor de ese Misterio primordial hacia el que había sentido gran devoción desde mi juventud [el de la Santísima Trinidad] reconocí el movimiento de mi Madre espiritual: "*Incessu patuit Dea*". El triunfo de sus ascetas sobre sí mismos, la paciencia de sus mártires, la determinación inquebrantable de sus obispos. El alegre ritmo de su avance me encendía y me confundían a la vez. Me decía a mí mismo: "Contempla

La exigencia individual inicial conlleva el sacrificio personal y un camino en progreso constante, lo que se expresaba en dos axiomas que hizo suyos: «Santidad en vez de paz», y «el crecimiento es la única prueba de que hay vida»²⁵. Esta tensión espiritual estaba en línea con el ideal de cristianismo serio promocionado en el ambiente de influencia calvinista, pero tendrá una conclusión extraña a toda sensibilidad presente en la Iglesia Anglicana: la decisión de un celibato *permanente*. Newman entendió que la santidad que se le pedía incluía la asunción de una vida célibe definitiva, y lo observó a rajatabla. El celibato fue algo así como el baluarte que preservó su capacidad para avanzar de lo visible a lo invisible, para «ver» lo invisible²⁶ detrás de la apariencia cambiante de las cosas. Fue también el mejor motor para el desarrollo de su natural capacidad y sensibilidad para la amistad²⁷: «La virginidad del Evangelio no consiste en un estado de independencia o aislamiento, ni en un orgullo lleno de amargura, ni en una indolencia estéril, ni en una afectividad reprimida. El hombre está hecho para la simpatía, para el intercambio de amor, para la abnegación practicada en favor de otro a quien queremos más que a nosotros mismos»²⁸.

III. AMIGOS. UNIÓN DE LA PIEDAD INTERIOR CON EL CAMINO RELIGIOSO Y ECLESIAL

¿Cómo llegó el joven Newman, convertido en medio de influencias calvinistas, a vincular su ideal de santidad con la existencia de una iglesia visible y pública, con sacramentos y estructura definidos? Hay un gran paso entre la tendencia intimista del joven Newman y la acción pública del impetuoso líder. Ese paso se explica, al menos en parte, por los amigos que la providencia le ofrece y él abraza, amigos que le ayudan y a los que ayuda.

Uno de ellos, el Dr. Whately, le llevó a comprender la Iglesia como institución divina y visible.

Newman había iniciado su vida universitaria en el *Trinity College*. Allí había competido y ganado una valiosa beca, un éxito prometedor que se oscureció

este panorama y mira luego aquel otro" [...] Había que aplicarle un tratamiento de choque o se perdería. Hacía falta una segunda reforma».

²⁵ NEWMAN, *Apología*, 57

²⁶ Cf. SOPENA, "Prólogo", 13: «Humanamente ha visto la castidad como necesaria como para tener el sentido de lo invisible. Tan grande es la ganancia, "*the gain*", que no parece que haya habido dificultad en esto. La prematura muerte de una hermana confidente y queridísima le ha hecho volcarse más sobre la amistad, hasta hacer de un don de Dios obra poética personal».

²⁷ Víctor García Ruiz ya ha hecho notar la importancia que tuvo la asunción del celibato en la vivencia de la amistad de Newman. Cf.: VÍCTOR GARCÍA, "Los amigos de John Henry Newman,".

²⁸ JOHN HENRY NEWMAN, *La vocación oratoriana* (La hormiga de Oro, Barcelona 2004), 250.

cuando en las pruebas de graduación no cumplió las expectativas de estar entre los mejores (No había conseguido el *Bachelor of Arts* con honores de primera clase). Sin embargo, se repuso y decidió luchar por una *fellowship* (una de las plazas del cuerpo docente) de *Oriel College*, el más prestigioso de los *Colleges* de Oxford. A juicio de todos, el puesto no estaba a su alcance, sin embargo, ganó la plaza el 12 de abril de 1822, con 21 años: «Se abrió ante él una carrera teológica, pues pasaba a estar colocado en el centro de la amplia y elevada tribuna de la inteligencia y de la sociedad universitarias, en la confluencia de influjos personales e intelectuales, y en el centro de ciertas escuelas del pensamiento eclesiástico»²⁹. Fue uno de los días más importantes de su vida. Sin embargo, al verse entre profesores de gran prestigio, le atenazó la timidez³⁰. La admiración que sentía por sus nuevos colegas le hacía muy difícil el trato natural. A la timidez «habría que añadir el aislamiento mental y la soledad espiritual en que le sumían sus creencias calvinistas»³¹. Al rescate acudió Mr. Whately, que consiguió su propósito. Por añadidura, entendió que Newman tenía un talento excepcional y se ayudó de él en la composición de un libro que llegó a ser influyente, *Elements of Logic* (1826). Unos meses después de la publicación, Newman escribió a este que fue su primer *amigo maestro* de Oriel:

Pocas cosas hay que desee yo más que ser tenido por amigo suyo, y, aunque puede que en mi vehemencia me esté extralimitando, sin embargo, debe usted permitirme que le confíe unos sentimientos que no necesitan de gran estímulo para salir a la superficie de mi ser y que ahora no me es posible callar. Aunque es mucho lo que debo a Oriel, en lo que se refiere a mi progreso mental, con nadie, creo, tengo una deuda tan grande como con usted. Sé muy bien a quien, antes que a nadie, debo el haber tenido el valor para atreverme a mirar en torno a mí después de la elección [como *fellow*], y quien me ha enseñado a pensar como se debe y, tarea poco corriente en un profesor, a tener confianza en mí³².

La relación se enfrió a partir de 1831, cuando Whately fue nombrado arzobispo de Dublín. El adiós definitivo lo dio Whately en 1836 por la postura de Newman en un nombramiento para la cátedra de teología. Los intentos de acercamiento por parte de Newman, incluso cuando ya era sacerdote católico, fueron infructuosos. Sin embargo, en 1874 Newman sigue mostrando hacia Whately una enorme gratitud y, en tercera persona, escribe lo siguiente:

²⁹ Habla aquí Newman de sí mismo en tercera persona, como lo hace en toda su *Memoria autobiográfica*. Cf.: NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 102.

³⁰ En su *Memoria autobiográfica*, siempre en tercera persona, Newman comenta la dificultad de su timidez al llegar a Oriel: Los otros miembros del cuerpo docente del College «hubieron de enfrentarse con su extraordinaria timidez. Mucho les desconcertó ver que a pesar de todos sus esfuerzos no conseguían que saliese de su aislamiento y siguiese una conversación». Cf. NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 105.

³¹ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 105.

³² *Ibid.*, 109.

El Dr. Whately honró a Newman con su amistad durante diez años. En el año que estuvieron juntos y en gran intimidad en Alban Hall, Mr. Newman le sirvió con todo su corazón, como factótum, Tutor, Capellán, ecónomo y Deán; y siempre halló en él a un superior generoso, confiado e indulgente. No hubo nunca entre ellos ni la más leve sombra de disputa, ni siquiera de fricción accidental, aunque, durante sus paseos, diferían con frecuencia de opinión en cuestiones teológicas. En cuanto a la teología, Mr. Newman estuvo bajo la influencia del Dr. Whately durante cuatro años, de 1822 a 1826, en que conoció y empezó a tratar a Mr. Hurrell Froude. Mirando hacia atrás, se dio cuenta de que a Mr. Whately le debía el conocer esta importante verdad de la Revelación: la existencia de una Iglesia Cristiana como institución divina, y como cuerpo visible y sustancial³³.

En la historia de la amistad con Whately³⁴ se evidencia, por primera vez, la influencia de los amigos en el progreso de la comprensión de la verdad religiosa en Newman.

En la última cita, Newman anunciaba una amistad decisiva, la de Hurrell Froude. Él, Edward Hawkins, Edward Pusey y John Keble abrirán a Newman a nuevos horizontes eclesiológicos. Presentemos brevemente a Pusey y Hawkins.

Edward Pusey, algo mayor que nuestro hombre, fue elegido *fellow* de Oriel un año después. Fue una de las tres piezas fundamentales del Movimiento de Oxford, a él se debe en parte que los *tracts*, nacidos como folletos, adquiriesen mayor peso intelectual. A Newman le facilitó en gran medida el acceso a los Padres de la Iglesia. Newman había quedado subyugado por los fragmentos de los Padres leídos cuando era muy joven en la historia de la Iglesia, de Joseph Milner «y aun cuando, como había ocurrido en 1823, se permitiese a veces hacer alguna crítica sobre ellos [influido, en este caso, por Whately], los primeros siglos fueron siempre su “hermoso ideal” del Cristianismo»³⁵. Después, cuando se vio despojado de la piedad evangélica y calvinista, fueron los Padres quienes le salvaron de caer en el frío el liberalismo teológico, propio de la High Church³⁶. En 1827, Newman encargó a Pusey, en Alemania por estudios, «que le comprase todas las obras patrísticas que pudiera. Y en 1828 empezó a leerlas sistemáticamente»³⁷. Pusey, además, fue un apoyo personal indiscutible para Newman. La admiración de Newman hacia él, por su sincera religiosidad, su humildad, su dulzura, su amor y su devoción, es conmovedora. Y conmovedor

³³ *Ibid.*, 111-112.

³⁴ Para completar la memoria que Newman conserva de su relación con Whately, ver también: NEWMAN, *Apologia*, 63-70.

³⁵ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 137.

³⁶ Cf. *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, 138.

el recuerdo de cómo Pusey acompañó entre lágrimas a Newman en su último sermón como pastor anglicano en 1843³⁸.

Edward Hawkins y Newman entablaron amistad a partir de 1824, cuando este comenzó su servicio en la parroquia de St. Clement³⁹. Hawkins, doce años mayor, estaba al frente de la parroquia de St. Mary. «Tenía un firme sentido del deber y carecía, en cambio, de espíritu mundano, ese espíritu mundano tan corriente en lugares donde impera el intelectualismo»⁴⁰. Como quien busca apoyo en el más experimentado, Newman puso bajo el dictamen de Hawkins el contenido de sus primeros sermones. Hawkins advirtió el fuerte tono evangélico del joven pastor, corrigió a su amigo con severidad y le dio a leer a Sumner. Hawkins inspiró a Newman la idea de la regeneración bautismal, negada por los evangélicos anglicanos y, sobre todo, «le instruyó también en [...] la *quasi* católica doctrina de la tradición como elemento esencial para demostrar y enseñar las verdades del cristianismo»⁴¹, con una comprensión más equilibrada de su relación con las Escrituras. Newman afirma que fue él quien terminó de arrancarlo de las tendencias evangélicas que arrastraba desde su primera conversión. Newman, por su parte, se deja corregir: tras haber experimentado la violenta sacudida que le impelía a variar de posición sobre el tema de la regeneración bautismal, anota en su diario estas elocuentes palabras, que dan cuenta de su amor por la verdad: «Antes de levantarme esta mañana, he rezado mucho y no sé cómo acabará todo. Creo que lo que verdaderamente deseo es la verdad y donde quiera que la encuentre estoy dispuesto a abrazarla»⁴². La separación entre Newman y Hawkins sobrevino después, lo veremos enseguida.

Llegamos a la amistad con Richard Hurrell Froude. Era apasionado en sus ideas, vehemente en su actividad, firme, audaz y generoso en el esfuerzo; humilde, sin embargo, capaz de encajar críticas y correcciones. Sentía repulsa ante las componendas y no soportaba el silencio cuando la verdad religiosa estaba en juego. La *Apologia* habla largamente de las virtudes, también de los límites, de quien fue el amigo más íntimo de Newman hasta que la muerte se lo arrebató en 1836. Al final dice de él: «Me enseñó a mirar a la Iglesia de Roma con admiración y, en la misma medida, a sentir desagrado hacia la Reforma. Grabó hondamente en mí la devoción a Santa María Virgen y poco a poco me llevó a

³⁸ El recuerdo es de otro gran amigo, EDWARD BELLAIS. Cf.: VÍCTOR GARCÍA RUIZ, “En el lecho de muerte de mi Anglicanismo”, en: JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales VII*, (Encuentro, Madrid 2014) 18-19.

³⁹ Newman recibió el diaconado en junio de 1824 y el presbiterado en mayo de 1825.

⁴⁰ *Ibid.*, 126. Para Hawkins ver también: NEWMAN, *Apologia*, 59-62

⁴¹ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 129. De este asunto de la doctrina de la tradición habla más ampliamente en *Apologia*, 61-62.

⁴² NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 128.

creer en la Presencia Real Eucarística»⁴³. La voluntad de actuar en favor de la verdad religiosa a costa del sacrificio personal que fuera necesario, la que hizo nacer el Movimiento de 1833, fue posible por esta amistad y se expresó poéticamente con las famosas palabras de Aquiles al llegar a la batalla: «Ahora que he regresado, veréis la diferencia»⁴⁴. Esas palabras fueron elegidas por Froude como lema para una publicación mensual, la *Lyra Apostolica*, pero resumían perfectamente, al decir de Newman, el sentimiento de celo divino⁴⁵ que abrigan ambos poco antes del inicio del Movimiento. Decisivo fue también que Froude uniese en amistad a Newman con Keble, diez años mayor.

John Keble era ya *fellow* de Oriel cuando Newman llegó allí. Nuestro hombre lo miraba casi con reverencia, por los méritos de su carrera académica, pero sobre todo, por la total ausencia en él de mundanidad, una virtud que Newman subraya en más de una ocasión de sus amigos. Al principio, se mantuvieron distantes. La amistad con Hurrell Froude los unió más tarde. Los veremos trabajar en sintonía como tutores en Oriel, junto a otro gran amigo que se agregó poco después, como *public tutor*, Robert Wilberforce. Los tres compartían los mismos ideales educativos y pastorales, y siguieron unidos después, en el Movimiento de Oxford, del que Keble fue una de las piezas fundamentales. En la época del Movimiento, fue una especie de consejero espiritual de Newman, hasta que llegó el momento de decidir su conversión a Roma. La influencia de Keble en el pensamiento de Newman, que incidirá en un punto fundamental del pensamiento de nuestro hombre, el de la comprensión de la racionalidad propia de la fe, es descrita ampliamente en la *Apología*⁴⁶, pero no podemos detenernos en ella. La admiración por Keble no disminuyó cuando la conversión a la Iglesia Católica los separó. Cuando Newman está en Roma, en 1847, poco antes de ser ordenado sacerdote católico, escribe a su hermana Jemima comparando a su viejo amigo con san Felipe Neri: «Este gran santo me recuerda en tantos aspectos a Keble que puedo imaginarme lo que Keble habría sido si Dios hubiera dispuesto que naciera en otro lugar y en otra época. Neri tenía la misma aversión extrema a aparentar virtudes, el carácter juguetón, el tierno amor a los demás y la amable severidad que son típicos de Keble»⁴⁷.

⁴³ NEWMAN, *Apología*, 79.

⁴⁴ *Ibid.*, *Apología* 89. Cf.: HOMERO, *Iliada* XVIII, 125.

⁴⁵ «El celo es un serio deseo en pro del honor de Dios, que lleva a esforzadas y audaces acciones en su servicio, a pesar de cualquier obstáculo». Newman, en: JOSÉ MORALES MARÍN, *Newman. 1801-1890* (RIALP, Madrid 1890), 76.

⁴⁶ Cf. NEWMAN, *Apología* 70-77. Las dos verdades fundamentales que Newman encontró en Keble ya las había leído y asimilado como propias en Butler: el «principio sacramental» del mundo visible y la idea de que la probabilidad es la guía del conocimiento en la vida práctica. Esta última idea se desarrollará largamente en la mente de Newman hasta encontrar plenitud en la *Gramática del Asentimiento*.

⁴⁷ JOHN HENRY NEWMAN, *Letters and Diaries*, XII, 25. En: JOSÉ MORALES, *Newman*, 150.

Con amigos como Whately, Pusey, Hawkins, Keble y Froude, Newman abrió su exigencia de santidad, a la vida eclesial, a la relación y la acción en la Iglesia. El principio eclesial llegó así a ser el segundo de los fundamentos de acción del Movimiento tractariano. Con estos amigos, Newman avanzó en la comprensión de la realidad sacramental de la Iglesia, pública y soberana, con líneas morales precisas, con sacramentos y con un sistema religioso definidos. El punto fundamental es que estableció la continuidad entre la verdad personal del Dios que se revela y la Iglesia, como casa donde esa verdad puede ser encontrada y con la cual se puede establecer una comunión personal. Este punto va a ser decisivo, porque la razón de su muerte a la Iglesia Anglicana y su nacimiento a la Iglesia Romana se resumirá en el guion de continuidad entre estas tres realidades: conciencia, Dios e Iglesia Católica. No entender esta continuidad, que él mismo manifiesta en la *Apologia*, es no entender ni la vida ni del pensamiento de Newman⁴⁸.

Con estos amigos, Newman se dispuso a la recuperación del principio católico de la Iglesia Anglicana. Entendió que esta era una misión sobrenatural para la que había sido elegido y se puso al frente del Movimiento de 1833. Las palabras de la *Ética a Nicómaco*, libro de cabecera de «el gran hombre», parecen pensadas para su biografía: «con amigos los hombres están más capacitados para pensar y actuar»⁴⁹.

IV. AMISTAD: MÉTODO EDUCATIVO Y PASTORAL, APOYO PARA EL SACRIFICIO POR LA VERDAD.

Nos retrotraemos a 1826. Newman comenzó el año siendo *fellow* de Oriel. Cumplió un año como presbítero anglicano y estaba al frente de la parroquia de St. Clement, donde permanecerá hasta 1828, cuando se le encargue la parroquia

⁴⁸ «Llegué a la conclusión de que, filosóficamente hablando, no existe punto medio entre ateísmo y catolicismo y que, por tanto, una inteligencia realmente coherente, en las circunstancias en que nos encontramos los hombres aquí en este mundo, no tiene más salida que ser ateo o católico. Y mantengo esto con firmeza [he variado la traducción: «De esto sigo convencido»; «*And I hold this still*»]: soy católico porque creo en Dios; si alguien me pregunta por qué creo en Dios, yo respondo que es porque creo en mí mismo, pues me parece imposible creer en mi propia existencia (y de este hecho estoy plenamente seguro) sin creer al mismo tiempo en la existencia de Aquel que vive en mi conciencia como un ser personal que todo lo ve y todo lo juzga. Por supuesto, reconozco que no me he expresado con corrección de filósofo, dado que no me he puesto a estudiar lo que los metafísicos han dicho sobre este asunto. No obstante, cuanto he dicho aquí responde a una verdad fuerte, capaz de resistir el más minucioso examen». NEWMAN, *Apologia*, 253-254. En estas palabras se observa la secuencia o concatenación entre conciencia, fe e Iglesia Católica.

⁴⁹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* VIII, I (Biblioteca Clásica. Gredos, Madrid 1919), 322.

universitaria, St. Mary, sustituyendo a Hawkins, que pasará a ser *provost* de Oriel. En 1826 Newman recibió, siempre en Oriel, un cargo de mayor responsabilidad, el de *public tutor*, que entendió como una prolongación de su misión presbiteral. Podemos atisbar la gravedad de sus sentimientos respecto a esta misión atendiendo a los que le invadieron con la ordenación diaconal, que expresó así:

Ya ha pasado; en un primer momento, tras la imposición de manos, el corazón me temblaba en el pecho; las palabras “para siempre” son tan tremendas [...] ¡Para siempre! ¡Para siempre! Palabras irrevocables. Tengo hasta el día de mi muerte la responsabilidad de las almas⁵⁰.

Muchos comprendían la *tutorship* como un cargo meramente secular. Newman, sin embargo, solo lo aceptó porque vio en él una forma de llevar a cabo su voto en favor de las almas⁵¹. En más de una ocasión lo comparó al servicio de un misionero en tierras lejanas:⁵². Y poco antes de asumir las obligaciones del puesto, escribe: «Ojalá pueda desempeñarlas teniendo siempre presente que soy ministro de Cristo y que se me ha encomendado que predique el Evangelio. Quiera Dios que me acuerde siempre del valor de las almas y de que tendré que dar cuenta de las oportunidades que he tenido de hacer el bien a las que se me han confiado»⁵³. Newman, siempre con un ojo puesto en la Iglesia primitiva, comprendía su nuevo cargo a la luz del recuerdo del caso de Orígenes, que instruyó con los clásicos, entre otros muchos, a su discípulo, san Gregorio Taumaturgo, el apóstol del Ponto⁵⁴.

Su celo generó no pocos enfrentamientos. No pudo imprimir en todo el *College* el carácter religioso que consideraba necesario, pero lo que sí hizo fue entregarse a sus discípulos. Se ganó su respeto y su afecto. Llegó a establecer con muchos una relación de amistad y casi de igualdad. Y cuando en 1828 le pusieron al frente de St. Mary, «había adquirido tal influencia sobre ellos que muchos le siguieron en sus actividades religiosas recibiendo así instrucción directamente de sus sermones»⁵⁵.

En esa época dos *fellows* jóvenes llegaron también a ser tutores de Oriel, Robert Wilberforce y John Keble; y ambos se sumaron a la visión religiosa que Newman tenía del cargo. Era contraria a la del *Provost*, Hawkins, lo que, a la larga, llevó a que Newman presentase su dimisión en Oriel en 1832. Libre de

⁵⁰ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 142.

⁵¹ Cf. *Ibid.*, 142-143.

⁵² *Ibid.*, 143: «El otro día mi madre me dijo que esperaba vivir bastante para llegar a verme casado, pero me parece que yo moriré entre las paredes de un *College* o como misionero en un país extranjero»

⁵³ *Ibid.*, 143-144.

⁵⁴ Gregorio dedicó a su maestro, cuando se despidió de su escuela de Cesarea de Palestina, un precioso discurso sobre el maestro cristiano Cf.: GREGORIO TAUMATURGO, *Elogio del maestro cristiano* (Biblioteca Patrística. Ciudad Nueva, Madrid 1990).

⁵⁵ *Ibid.*, 146.

responsabilidades, al final del año, acompañó a Hurrell Froude y a su padre a un viaje por el Mediterráneo, que luego prolongará en solitario. A su vuelta, en 1833, comenzaría el Movimiento de Oxford.

La amistad establecida con los alumnos de Oriel será una fuerza educativa y evangelizadora que fructificará cuando el Movimiento dé comienzo. Por un lado, la gran actividad y la sintonía de pensamiento de los promotores, Froude, hasta que murió en 1836, Keble, Pusey, Newman, Robert Wilberforce y otros, no se entiende sin la fuerte amistad que les unía. Pero las ideas propugnadas por estos hombres no habrían tenido tanta influencia sin la amistad que habían creado, sobre todo Newman y Keble, con sus alumnos, que ya empezaban a ocupar cargos pastorales y civiles desde donde resonaba la voz de aquel puñado de hombres de Oxford. Las amistades forjadas con los alumnos serán determinantes para la expansión de las ideas del Movimiento. Eso no ocurre por casualidad, sino por la convicción de que la amistad es la forma natural para la búsqueda del bien y de la verdad. Newman y Froude entendían que la «influencia personal» era del todo necesaria «para sacar adelante una visión religiosa»⁵⁶. Newman lo explicita en la *Apologia*:

Quería sacar, con toda solidez, una Iglesia de Inglaterra viva, con una posición propia y fundada en principios claros; todo, en la medida en que el papel impreso, una predicación seria y la influencia sobre otros podían tender a convertirla en un hecho⁵⁷.

El esfuerzo divulgativo por medio de escritos se concretó, sobre todo, en la publicación de los famosos *tracts*, folletos en un primer momento, verdaderos tratados después. Con respecto a la predicación, la dedicación de Newman fue abrumadora. La entendía como un deber religioso. Hablaba a la inteligencia y a la voluntad, con la finalidad práctica de la transformación moral. «Las influencias sobre otros» consistía en la extensión de una red de verdaderas amistades, como la forma más natural de progreso personal en el conocimiento de la verdad y en la adquisición de la virtud. Newman no creía que las organizaciones tuvieran por sí mismas un carácter capaz de transformar hombres y sociedades, sino que esa capacidad la tenían los hombres concretos: «Una auténtica liberación no la llevan a cabo los muchos sino los pocos, no los grupos o corporaciones, sino las personas concretas»⁵⁸. Hombres concretos que con su testimonio moral, con su propio sacrificio, promueven amistades fundamentadas en el amor a la verdad y a la virtud. Cuando William Palmer, un eclesiástico que quería combatir los peligros que se cernían sobre la Iglesia de Inglaterra con «una asociación, con sus

⁵⁶ NEWMAN, *Apologia*, 98.

⁵⁷ *Ibid.*, 131.

⁵⁸ *Ibid.*, 89.

reglamentos y reuniones», se quejó del carácter demasiado individual y desorganizado de los primeros *tracts*, Newman le respondió en carta:

Los individuos, cuando tienen opiniones fuertes, aunque a veces puedan excederse en el tono del lenguaje, son particularmente eficaces. No hay sistema que haya llevado a cabo una obra tan grande; al revés sí: los sistemas surgen del esfuerzo de individuos concretos. Lutero fue un individuo. Las mismas faltas del individuo suscitan la atención; él sale perdiendo, pero su causa gana (si es buena, y él es de miras amplias). Así van las cosas; promovemos la verdad a fuerza de sacrificio propio⁵⁹.

Las influencias personales, la amistad, estaba ligada en la mente de Newman a la idea de del testimonio. Enseñará que el conocimiento propio de la fe no se funda tanto en argumentos lógicos como en la credibilidad del testigo⁶⁰. Y eso fundamentalmente por dos razones: por la naturaleza de la revelación y por la naturaleza de la capacidad religiosa del hombre⁶¹. Solo el testimonio de primera mano, la influencia personal y la amistad puede hacer avanzar una reforma religiosa.

La *Apologia*, subraya la importancia de los amigos más jóvenes en la expansión de las ideas del Movimiento:

En ningún momento actué sobre los otros sin que ellos actuaran sobre mí. Como es usual en la Universidad, había convivido sin formalidades ni distancias, en pie de igualdad con mis alumnos particulares e incluso con mis alumnos públicos, y con los *fellows* jóvenes de mi *college*. Así fue como se difundieron mis ideas, a través de mis amigos, que eran en su mayoría más jóvenes que yo. Escuchaban

⁵⁹ *Ibid.*, 99-100.

⁶⁰ Cf. NEWMAN, *Sermones Universitarios*, 146: «La verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron a la vez sus maestros y sus modelos». Cf.: el entero sermón V, págs.: 129-151.

⁶¹ Cf.: JOHN HENRY NEWMAN, *El asentimiento religioso* (Herder, Barcelona 1960) 107-111: «Al corazón se llega no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de hechos y de sucesos de la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos derriten, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman. Muchos hombres viven y mueren por un dogma, pero nadie es el mártir de una conclusión [...]. La lógica es retórica muy pobre para las masas [...]. Di a los hombres que deduzcan la idea de un Creador a partir de sus obras, y si se ponen a hacerlo —lo cual nadie hace—, se verán hastiados y cansados del laberinto que habrán de recorrer. Sus mentes quedarán atragantadas y saturadas con esta operación lógica. Si comenzamos con conocimiento científico y con pruebas argumentales y si damos a esto gran importancia como base para nuestro cristianismo personal, o si intentamos que un hombre sea religioso y moral por medio de bibliotecas y museos, entonces, para ser consecuentes, deberíamos tomar químicos como cocineros y mineralogistas como albañiles [...]. No me toca a mí decir por qué nuestra constitución es tal que la fe y no el conocimiento o la argumentación es nuestro principio de acción. Pero yo creo que esto es un hecho [...]. El cristianismo es una historia sobrenatural casi escenificada: nos dice lo que es el Autor diciéndonos qué es lo que ha hecho [...]. Los ejemplos y los rasgos visibles —y no los razonamientos lógicos— son conclusiones vivas, las únicas capaces de impresionar los afectos y de formar el carácter».

lo que yo decía en nuestras conversaciones y lo transmitían a otros. Llegado el momento, los estudiantes se graduaban y se convertían en tutores privados. Y en su nuevo *status* enseñaban las opiniones con las que ya estaban familiarizados. Otros iban a zonas rurales para ser coadjutores de parroquias y recibían desde Londres envíos de tratos y otras publicaciones. Los dejaban en establecimientos de librerías locales, los reproducían en periódicos, los daban a conocer en reuniones de clérigos y en mayor o menor medida convertían a sus párrocos y a sus compañeros⁶².

Pero, la amistad establecida con sus discípulos tendrá un recorrido que Newman no podía prever. Cuando herido de muerte en su anglicanismo se retire a Littlemore, en 1842, algunos de sus discípulos le seguirán, caminarán con el gran hombre, como si él y sus amigos fuesen «dos marchando juntos»⁶³.

Las ideas sustanciales y vivas tienen su propia e inevitable lógica, y tienden a un desarrollo concreto en la mente de quien las cultiva con la virtud. No es una lógica de papel, sino la lógica real de los hombres que se juegan la reputación, el futuro, la carrera... por su amor a la verdad. Los lazos de la amistad se convertirán en el apoyo necesario para que estos hombres lo sacrifiquen todo por la verdad.

V. AMISTAD «EN EL LECHO DE MUERTE»

El drama y el dolor de los últimos años de anglicano para Newman es un poliedro con muchas caras. Uno de los asuntos que más le hace sufrir está relacionado con los amigos que, como iguales, le habían acompañado en la acción reformadora de 1833. Teme fomentar dudas⁶⁴ y llevarlos al escepticismo o, cuanto menos, al desasosiego. Cuando aún no sabe dónde le llevará su estado de confusión, no quiere alimentar desconcierto en hombres que tienen una fe sincera en la Iglesia Anglicana.

La naturaleza de esta ansiedad se percibe en el trato que mantiene con Bowden hasta la muerte de este. Newman lo conoció al poco de llegar como estudiante a Trinity College, y fueron siempre inseparables. Hablando en tercera persona, Newman lo recuerda así en sus *Memorias autobiográficas*:

⁶² *Ibid.*, 117.

⁶³ HOMERO, *Iliada* X, 224.

⁶⁴ «Querida Jemima [...] Aparte del dolor de turbar a la gente, por supuesto que me importa la pérdida de la buena opinión de mis amigos y de los que me quieren bien, aunque no puedo decirte lo mucho que siento esto. Es el golpe, la sorpresa, el temor, desamparo, disgusto, escepticismo a que estoy dando lugar, las diferencias de opinión en las familias, todo esto hace que se me rompa el corazón»: JOHN HENRY NEWMAN, *Suyo con afecto. Autobiografía epistolar* (Encuentro 2002, Madrid) 129.

La relación superficial de los primeros días maduró en una amistad tan íntima, a pesar de que Mr. Bowden era justo tres años mayor que él (los dos cumplían años el 21 de febrero), que los dos jóvenes vivieron durante sus años de estudiantes el uno para el otro [...]. Comían juntos, leían, paseaban, remaban, e incluso pasaban unos días el uno en casa del otro durante las vacaciones [...] El mutuo afecto que les unía, nacido en la Universidad, había de mantenerse hasta la prematura muerte de Mr. Bowden en 1844, estrechándose con el correr del tiempo aún más los lazos que les unían por su profundo acuerdo en cuestiones eclesiásticas y de política académica y por el interés con el que los dos se adhirieron al Movimiento de Oxford de 1833. Mr. Bowden fue uno de los primeros en escribir en los *Tracts for the Times*, y fue por idea de Mr. Newman por lo que comenzó su *Historia del Papa Gregorio VII*⁶⁵.

Las visitas de Newman a la familia Bowden eran frecuentes, y continuaron hasta el final trágico de la enfermedad, un año antes de la conversión de Newman al catolicismo. La *Apología* dedica páginas estremecedoras a narrar la amistad con Bowden en el tramo final de su vida, poniéndolo en relación con la duda que lo atormentaba: si la Iglesia de Inglaterra era continuadora de la Iglesia de los Apóstoles o no:

Tenía un querido y viejo amigo a punto de morir. Nunca le había dicho nada. ¿Para qué turbar su dulce serenidad, si no tenía nada que ofrecerle a cambio? [...] Un día me preguntó sobre el asunto, [...] pero di la callada por respuesta. La razón era: Yo mismo no tengo certeza. Decir «me parece que» es afligir y desorientar [...]

El día de san Miguel de 1843 le escribí: «Como puedes suponer, no tengo nada agradable que contarte. Te podría decir cosas verdaderamente penosas, pero es mejor no anticipar la turbación [...]. Eres tan bueno conmigo que a veces, cuando nos despedimos, casi se me saltan las lágrimas, cosa que me aliviaría que pasara, por lo bueno que eres y por lo mal que demuestro yo mi afecto. No creo que nadie tenga mejores amigos que yo».

[...]

Y el 21 de febrero [del año siguiente, el día del cumpleaños de ambos]:

«Son las diez y media. Me acabo de levantar, ya que tengo fuerte catarro [...] He estado pensando mucho en ti antes de levantarme. Lo hago siempre. No me he atrevido a ir a verte, no merezco a mis amigos. Con mis opiniones, que no me atrevo a confesar en todo su alcance, me siento como un bribón ante los demás. La gente piensa amablemente que debo de sufrir mucho por desengaños, calumnias, etc. Pero no, no sufro si no es la ansiedad que siento por mis amigos y su confusión, su perplejidad por mí. [...] Y ahora, mi querido Bowden, mis mejores y más cordiales felicitaciones para ti, el más antiguo de mis amigos. No te hablaré más sobre el asunto en cuestión para no incomodarte».

⁶⁵ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 53.

[...]

El lunes de Pascua le escribí:

«¡Que todo bien y toda gracia descieran sobre ti y los tuyos, como cumple a estos santos días! Y así será (¡Dios lo quiera!), porque ¿qué es la vida de todos vosotros, día a día, sino un sencillo esfuerzo por servir a Aquel de quien viene toda bendición? Aunque estamos separados por la distancia, tenemos de común que vosotros vivís bajo un cielo sereno y alegre y yo gozo pensando en vosotros. Es bendición vuestra tener un cielo limpio y paz [...]. Así es, mi querido Bowden, ¡que así sea siempre!».

Lo suyo era una buena fe absoluta. Murió en septiembre. Yo había pensado que con su muerte vendría alguna luz a mi espíritu sobre lo que debía hacer, pero no hubo luz. Escribí una nota: «He llorado amargamente sobre su féretro al pensar que sigo a oscuras respecto del camino de la verdad y de cómo a agradar a Dios y cumplir su voluntad»⁶⁶.

La amistad de Newman y Bowden sobrevivió en su esposa e hijos. Mantuvieron una estrecha relación y pronto todos los Bowden se convirtieron a la Iglesia Católica. Dos varones fueron sacerdotes del Oratorio y una de las hijas se hizo monja. Newman predicó en su profesión religiosa; sus palabras⁶⁷ muestran la delicadeza y la profundidad de esa amistad con el padre que se perpetúa en los hijos.

Le causaba dolor la posibilidad de turbar a los viejos amigos, pero también la distancia que se abría entre ellos y, más aún, la incertidumbre sobre su destino eterno.

También se angustiaba por la impaciencia de los *amigos discípulos*, más jóvenes que él, que querían precipitar su carrera hacia la Iglesia Católica. Pero Newman no podía ni pararse ni tampoco correr. Su proceso, de 1841 a 1845, fue un lento morir: «Desde finales de 1841 yo me encontraba en el lecho de muerte de mi anglicanismo, aunque entonces solo poco a poco me iba dando cuenta de ello. [...] Fue un cansino ir cayendo, con momentos de recuperación y de recaída»⁶⁸. Si se hubiese dejado llevar por sus sentimientos, se habría convertido

⁶⁶ NEWMAN, *Apologia*, 277-279.

⁶⁷ Cf.: NEWMAN, *La vocación oratoriana*, 250: «Querida hija, te conozco casi desde el instante de tu nacimiento. Ha habido una persona, ya fallecida, que fue mi primer amigo —y el más verdadero que he tenido— casi desde la adolescencia. Sobre ti tenía más derechos que nadie. Estoy hablando de tu padre. De tus primeros días recuerdo muy bien —cosa que tú no puedes hacer— aquel en el que recibiste el bautismo. Han pasado muchos años, pero me acuerdo de aquel día, el 15 de abril de 1831 [...] Fui yo quien te bauticé. En efecto, mucho antes de hacerme católico, te tomé en brazos, como prescribe el ritual anglicano, y te bauticé con agua en el Nombre de las tres divinas Personas [...] Recuerdo con emoción y agradecimiento aquellos años en los que, aunque tú eras completamente inconsciente de ello, yo te observaba muy de cerca, por amor a tus padres. Tengo tu imagen, de niña y de joven, grabada en mi mente; recuerdo tus gestos y tu temperamento. Y me acuerdo muy bien de que tu querido padre, cuando eras niña, predijo que serías monja»

⁶⁸ *Apologia*, 207.

antes, pero se propuso dejar que la verdad se adueñase de su razón y que la voluntad hiciese así su trabajo sobre una base sólida. La obediencia a la conciencia se substancia para Newman en adherirse a la verdad según va imponiéndose en su inteligencia⁶⁹.

Con Bowden y con Froude ya fallecidos, ambos por efecto de la tuberculosis, ninguno de los amigos, del grupo de sus iguales, lo acompañará de cerca en su lento morir al anglicanismo, sobre todo, a partir de 1843. Newman mantendrá el afecto y el reconocimiento entrañable hacia ellos, pero está dispuesto al «adiós», por doloroso que sea. No hay más que leer su último sermón anglicano e imaginarse a Newman, tal como lo recordarán los testigos, intentando controlar la emoción y la voz rota con grandes pausas. Tiene el título de «Separarse de los amigos», 1843:

Oh hermanos míos, oh corazones afectuosos y generosos, oh amigos queridos, si sabéis de alguien cuya tarea, en alguna medida, ha sido, por escrito o de palabra, ayudaros a actuar; si alguna vez os dijo lo que sabíais sobre vosotros mismos, o lo que no sabíais; si ha sido capaz de discernir vuestras necesidades, o sentimientos, y os ha ayudado con ese discernimiento; si os ha hecho sentir que había una vida más alta que esta vida de todos los días, y un mundo más luminoso que este que veis; si os ha animado, si os ha tranquilizado, si ha abierto un camino al que buscaba, o ha confortado al que estaba desconcertado; [...] a ese, recordadle en los tiempos que han de venir, aunque ya no le oigáis más, y rezad por él para que sepa reconocer en todo la voluntad de Dios y para que en todo momento esté dispuesto a cumplirla⁷⁰.

A partir del 7 de octubre de 1845, redactó y envió unas treinta cartas de despedida a la familia y a los amigos más íntimos; entre otros, a William Church, Isaac Williams, Henry Wilberforce y a R.F. Wilson. A Pusey le escribe el día 8:

Muy querido Pusey. No te llegará esta carta hasta que todo haya pasado. Espero para esta noche al Padre Dominic, Pasionista, que viene de paso [...] Confío en que me recibirá a mí, a Bowles y a Stanton en el que creo ser el Único y Solo Rebaño del

⁶⁹ Cf.: JOHN HENRY NEWMAN. *Apologia*, 180: «La cuestión era ¿qué voy a hacer? Debía tomar una decisión, y los demás no podían ayudarme. Tomé la decisión de guiarme no por la imaginación sino por la razón». Cf.: BENEDICTO XVI, «A la curia romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad» (20-XII-2010): «El camino de las conversiones de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría».

⁷⁰ NEWMAN, *Sermones Parroquiales* VII, 232. El sermón fue pronunciado en septiembre de 1843. Tras pronunciar el sermón, un conmovido y entristecido Pusey, continuó el oficio religioso en medio de las lágrimas, teniendo que parar más de una vez. Tras ello Newman vivió como laico hasta su conversión a la Iglesia Católica Romana.

Redentor. No creo que esto ocurra hasta el viernes. Siempre tuyo, mi querido Pusey, con todo el afecto, JHN⁷¹.

Una carta similar escribió a Keble, que este llevó encima todo el día sin abrir. La relación de Newman con Pusey y con Keble quedó rota. La siguiente carta de Keble la recibió Newman diecisiete años después. Y los tres se vieron en un triste encuentro en 1865⁷².

La fuerte consideración que Newman tenía de la amistad en relación a la verdad religiosa no era teórica, sino práctica. El carácter moral de la verdad religiosa, el hecho de que determine el *ethos* de su alma, marcaba sus amistades. Eran sumamente afectuosas, no por la exaltación del sentimiento, sino por la mutua vinculación a una verdad que atañe al alma. Así se entiende el grandísimo sacrificio que supuso para Newman dejar atrás a amigos como Keble y Pusey. Entrar en la Iglesia Católica significaba separarse de su familia y de sus más queridos amigos.

Tal como anuncia la carta a Pusey antes citada, otros hombres que estaban con él en Littelmoreserían también recibidos en la Iglesia romana el 9 de octubre de 1845.

Newman había pasado ya varias temporadas en aquella pequeña aldea dependiente de St. Mary. Tiempo atrás había construido allí una capilla para atender al pueblo. En febrero de 1841 había publicado el *Tracto 90*, que desató la condena de los obispos anglicanos. Newman se había visto obligado a tomar distancia de todas sus responsabilidades y a sopesar su camino. Había comprado en aquella aldea unas caballerizas para transformarlas en su residencia, aunque no se pudo trasladar hasta 1842. Incluso después de las obras, el lugar era muy pobre. Aunque había preparado doce habitaciones, se fue solo. No llamó a nadie, pero los esperaba y llegaron.

Eran jóvenes impacientes y Newman intentó, a veces sin éxito, que no se precipitaran. El primero en llegar había sido John Dalgairns, en 1842, con veintitrés años. Era uno de los discípulos, unidos al Movimiento a finales de 1838: él, Wilfrid Faber, Ward, Oakeley, y Morris. Habían extraído conclusiones de los principios que enseñaba su maestro y parecían ir directos hacia Roma, cuando los más antiguos del Movimiento nunca habían contemplado esta posibilidad⁷³. El segundo en aparecer había sido William Lockhart, con la promesa de no hacer ningún movimiento en tres años, pero antes de un año salió de Littlemore para hacerse católico, luego sacerdote. En diciembre había llegado Frederick Bowles. Ya en 1843 se había unido Ambrose St. John con veintiocho años, lingüista como Pusey, bajo cuya guía había trabajado, aunque no era discípulo de Pusey, sino de

⁷¹ NEWMAN, *Suyo con afecto*, 130.

⁷² CF. VÍCTOR GARCÍA, "Los amigos de John Henry Newman".

⁷³ Cf. MORALES, *Newman*, 97.

Henry Wilberfoce, también tractariano, hermano de Robert. Richard Stanton y Albany J. Christie también habían llegado a ser parte del grupo.

La comunidad de Littlemore fue el resultado de la apertura de un verdadero maestro a la amistad de sus discípulos. «Los que vivieron en ella se acomodaron a un sencillo hábito de vida, con tiempos regulares para la plegaria común y la guarda del silencio excepto el rato después del mediodía. Ellos mismos realizaban las tareas domésticas [...] Después de comer había charlas y risas, Newman sacaba su violín e interpretaba sonatas al gusto de todos»⁷⁴.

Como hemos dicho, Newman no quería precipitarse en sus decisiones y no quería tampoco que sus jóvenes amigos lo hicieran. La conversión de Lockhart en 1843 fue algo que, sencillamente, no pudo impedir. Pero según pasaba el año de 1845 Newman dejó que cada uno actuase según fuese viendo conveniente. Dalgairns se dirigió al padre Domenico Barberi y fue recibido en la Iglesia Católica el 29 de septiembre. Ambrose St. John el 2 de octubre. El día 8, el padre Barberi, invitado por Dalgairns, tenía previsto pasar por Littlemore. Newman le pidió ese mismo día 8 a Dalgairns: «Cuando veas a tu amigo, ¿tendrás la bondad de decirle que quiero que me reciba en la Iglesia de Cristo?»⁷⁵. El 9 de octubre de 1845, Newman, Bowles y Stanton fueron recibidos en la Iglesia Católica. Luego, hasta el fin de aquel año, fueron convirtiéndose: Albany J. Christie, John Walker, Fr. Oakeley, Wilfrid Faber, Watts Russell, T. Knox, Mary Giberne, y Robert Coffin, entre otros⁷⁶.

Más adelante, otros dos amigos, de los primeros de Oriel que se adhirieron al Movimiento, pero que se habían resistido a la conversión, terminaron en la Iglesia Católica: los hermanos Robert y Henry Wilberforce. Robert, colega de Newman en Oriel, que había protagonizado con él la reforma de las *tutorship*, se convirtió en París en 1854. El menor, Henry, alumno primero, luego amigo queridísimo, se convirtió antes, en 1850. Diremos algo de él al final del escrito⁷⁷.

Todos ellos recorrían el mismo camino, pero cada uno llevaba su paso libremente, como corresponde a la naturaleza de la fe. Newman entendía que era la conclusión de la lógica moral e intelectual del Movimiento. Por eso, durante los meses de 1846 espera más conversiones de sus amigos. «Considera que el núcleo de hombres que han protagonizado con él en alguna medida el movimiento religioso de 1833 no es un grupo de carácter estático, sino un conjunto de cristianos cuyo único destino coherente con su situación espiritual es la Iglesia Católica. Pensaba que [...] todavía no habían concluido su entera trayectoria. No era un encuentro coyuntural de personalidades unidas casualmente por un tiempo, sino un grupo aglutinado desde dentro por un espíritu común y unos vínculos permanentes. Espera nuevas conversiones y no

⁷⁴ MERIOL TREVOR, *John Henry Newman. Crónica de un amor a la verdad*, 115-116.

⁷⁵ *Ibid.*, 133

⁷⁶ Cf.: MORALES, *Newman*, 131.

⁷⁷ Cf.: VÍCTOR GARCÍA, "Los amigos de John Henry Newman".

se resigna a que Isaac Williams, John Kelbe, Thomas Keble y Eduard Pusey permanezcan anglicanos»⁷⁸.

Keble y Pusey son extremadamente afectuosos con el converso, pero Newman no se conforma con eso y busca su conversión, con respeto y delicadeza, pero con contundencia, tal como correspondía a su forma de actuar. Eso hará que se alejen de forma casi definitiva⁷⁹. Los tres juntos se verán mucho más tarde, una sola vez, en 1865, y Newman hará de aquel encuentro un relato agri dulce⁸⁰.

VI. AMIGOS EN LA NUEVA VIDA

Tras la conversión, Newman hubiese querido permanecer con sus amigos en Littlemore, pero la situación no podía mantenerse. Salieron de allí a partir de diciembre de 1845. Se alojaron provisionalmente en un viejo seminario católico cercano a Birmingham, al que rebautizaron con el nombre de Maryvale. Están junto a Newman: Ambrose St. John, Bowles⁸¹, Morris, Stanton y Walker. Otros, aunque siguen formando parte del grupo, se encuentran en Londres y Dalgairns ha viajado a París. Nadie podía precisar aún cuál era la naturaleza de aquella comunión de amigos. **«De momento no somos otra cosa que Littlemore continuado»**⁸². En ningún caso se plantearon una vida que no fuese una vida común.

Poco después, Newman, acompañado de Ambrose St. John, viajó a Roma para prepararse al sacerdocio católico. Una de sus mayores preocupaciones era encauzar la estrecha amistad, ligada por la providencia, en un único camino hacia Dios. Pensó en varias posibilidades, que compartía y consultaba con los amigos por correspondencia. Se preguntó si podrían entrar en los jesuitas, pero esta idea la rechazó enseguida.

En enero de 1847 suplican luz a Dios y estudian los documentos fundacionales del Oratorio. El día 15 Newman se ha decidido ya por esta Congregación. Recordará después: «Se trataba de escoger para mis amigos, no

⁷⁸ MORALES, *Newman*, 136.

⁷⁹ Newman mantuvo relaciones con otros amigos anglicanos hasta ver morir a gran parte de ellos. Nunca dejó de buscar su conversión, como se ve, por ejemplo, cuando en Londres predica para «asambleas mixtas», es decir, para un auditorio donde había tanto anglicanos como católicos. «Venimos porque creemos que sólo hay un camino de salvación señalado desde el principio y que no vais por ese camino. Venimos como ministros de la gracia extraordinaria de Dios que necesitáis»: JOHN HENRY NEWMAN, *Discursos sobre la fe*, (Nebli, Madrid 2000), 52.

⁸⁰ Cf.: VÍCTOR GARCÍA, «Los amigos de John Henry Newman».

⁸¹ Frederick Bowles formará parte de la Congregación del Oratorio de Birmingham hasta 1860. Ian Ker afirma que tenía problemas depresivos. Cf.: IAN KER, *John Henry Newman*, 560. Morales dice que en 1860 «se integró en el clero secular, pero siguió en contacto con Newman, con el que mantuvo siempre excelentes relaciones»: Cf.: MORALES, *Newman*, 272-273.

⁸² MORALES, *Newman*, 137.

tan solo para mí [...]. Mis primeros meses en Roma, los dediqué a un examen general de las varias comunidades religiosas que allí se encuentran, con referencia no solo a mi vocación, sino a una vocación común, si fuera posible, para mí y para los amigos que había dejado detrás de mí [...] Tan pronto como nos decidimos por el Oratorio, A. Chirstie [...] se declaró por los jesuitas, se fue de Maryvale, nos dejó, y se incorporó a ellos en Inglaterra»⁸³.

A Newman le fascinó, y lo hizo cada vez más, el genio religioso de san Felipe Neri, alejado de toda afectación, caracterizado por un «amor inmoderado a Cristo»⁸⁴ y por una paternidad desbordante y fecunda; y le cautivó la naturaleza de aquella abigarrada comunión de laicos de toda condición, el Oratorio, que de forma espontánea se había formado en torno al florentino, caracterizada por un trato cercano con el que consideraban padre común y con una fuerte amistad entre ellos; y se reconoció en el carácter de la congregación de sacerdotes nacida de entre los seglares del Oratorio, congregación sin votos religiosos, siempre libres, pero con la decidida voluntad de compartir la vida hasta la hora de ser llamados por Dios, con el solo vínculo de la caridad. Newman reconoció en la Congregación del Oratorio el fin providencial del itinerario que habían recorrido hasta ese momento, el molde justo al que acomodar la experiencia comunitaria iniciada en Littlemore, el cauce para su desarrollo. La elección de san Felipe como modelo y patrón, y de su congregación, donde solo el vínculo de la caridad asegura la permanencia, da cuenta del valor que Newman daba a la amistad en el camino religioso⁸⁵.

Con la elección ya hecha, Newman y St. John fueron ordenados sacerdotes de la Iglesia Católica el 30 de mayo de 1847, en la capilla de *Propaganda Fidei*, en Roma. Allí se trasladaron los demás, para tener una especie de noviciado intensivo sobre la vida oratoriana. Se reunieron en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén: Newman, Ambrose St. John, John Dalgairns, William Penny, Richard Stanton, Frederick Bowles y Robert Coffin. En agosto los visita el Papa y en octubre Newman es nombrado superior de la Congregación del Oratorio en Inglaterra. El 31 de diciembre ya está de vuelta en su país.

Se verifica una continuidad entre los *amigos discípulos* hechos en su época en Oriel y los que vinieron enseguida mientras él estuvo al frente del Movimiento de Oxford, con los hombres que le acompañaron en Littlemore, con los que comenzarán con él la nueva vida como católicos en una comunidad que vivía a la expectativa de algo que desconocían, y con los que terminaron conformando la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de Birmingham.

⁸³ JOHN HENRY NEWMAN, *La vocación oratoriana* (Barcelona 2004), 47-48.

⁸⁴ GIOVANNI PAPINI, "Prefazione", en: PONNELLE L.-BORDET L., *Filippo Neri e la società romana del suo tempo*, (Firenze, 1931), 12.

⁸⁵ Así lo vio también Federico Sopena. Cf. FEDERICO SOPEÑA, "Prólogo", en: JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos autobiográficos* (Taurus, Madrid 1962), 22.

Pero hay otra serie de amigos, hombres y mujeres, laicos, casados y solteros, familias completas, que comparten el mismo camino religioso. Ya hemos hablado de la familia Bowden, hay más⁸⁶ que aquí no podemos traer. Muy interesante es la amistad de Newman con Mary Giberne, a la que acompaña —ya era católico, pero aún no sacerdote— hasta un jesuita para que la acoja en la Iglesia romana; o con Emily Bowles, hermana de Frederick y conversa antes que todos ellos, en 1843, escritora y entregada a los pobres, a la que manda dinero y unas letras con las que quiere asegurarse de que lo enviado alivie la necesidad de su amiga, no solo de los pobres⁸⁷. El nacimiento del *Oratory School*, de Birmingham, es también fruto de la necesidad expresada por amigos laicos convertidos, de un colegio católico homologable a los muchos anglicanos existentes, donde dar a sus hijos⁸⁸ una educación católica de calidad. La amistad con todo tipo de católicos laicos está en el origen de la gran visión que Newman tiene del laicado en el seno de la Iglesia Católica.

Esta continuidad de amigos en el camino religioso no era circunstancial, ni meramente operativa. Era la expresión de que Newman vivió la amistad como elemento esencial para su vida cristiana, sin dejar de caracterizarse por una intimidad reservada solo para Dios. «El corazón es un secreto que cada uno tiene con el Creador; nadie más puede alcanzarlo o tocarlo»⁸⁹ le hace decir al protagonista de *Perder y Ganar*, una de sus dos novelas. También en esto Newman se mostró como un verdadero hijo de san Felipe. El Apóstol de Roma solía repetir cuando le preguntaban por una gran experiencia mística que tuvo en mitad de su camino religioso: «*secretum meum mihi*», unas palabras tomadas de Isaías (Is 24,16), en la versión de la Vulgata. Son las palabras que Newman repite al verse obligado a descubrir la historia de sus ideas religiosas en la *Apología*. Así, en el primer párrafo escribe:

Puede comprenderse fácilmente qué gran prueba supone escribir la presente historia sobre mí mismo; pero no debo eludir la tarea. Aunque las palabras «*Secretum meum mihi*» me resuenan continuamente en los oídos, a medida que los hombres se acercan al final de su vida les importa menos hacer revelaciones⁹⁰.

Pero, como hemos visto, también de su interioridad nace una sensibilidad poco común para la amistad.

Aristóteles había dicho que los amigos les son necesarios a los jóvenes para guardarse del error; que a los que están en pleno uso de sus facultades, les son necesarios para las nobles acciones; y que a los ancianos les son necesarios a causa

⁸⁶ Cf.: VÍCTOR GARCÍA, "Los amigos de John Henry Newman".

⁸⁷ Cf.: NEWMAN, *Suyo con afecto*, 274-275.

⁸⁸ Cf.: VÍCTOR GARCÍA, "Los amigos de John Henry Newman".

⁸⁹ JOHN HENRY NEWMAN, *Perder y ganar* (Encuentro, Madrid 2009), 31.

⁹⁰ NEWMAN, *Apología*, 51.

de su debilidad⁹¹. Al contemplar la vida de Newman, uno se da cuenta de cómo las palabras que tantas veces leyó del libro VIII de la *Ética a Nicómaco* son una realidad vivida, desde su juventud hasta su vejez y su muerte.

VII. LA CONTINUIDAD DE LOS MÁS ÍNTIMOS

Hemos hablado de la amistad que unió a Newman con Hurrell Froude. Una amistad semejante solo la tuvo Newman con dos personas más, que ya han aparecido en nuestro relato: con uno de los hermanos Wilberforce, Henry, que llegó a él como hijo desvalido, pero al que convirtió en amigo íntimo; y posteriormente con Ambrose St. John, que llegó a él justamente de la mano de Henry Wilberforce.

No relato la historia de amistad con Henry Wilberforce, porque lo ha hecho Víctor García Ruiz en el artículo que ya hemos mencionado. Pero traigo unas palabras que Newman, ya católico, dirigió a su amigo, aún anglicano:

«De todos los que en algún sentido han sido colocados bajo mi cuidado por la Providencia tú eres el único que me ha tratado con afecto. Y éste es tal vez el motivo por el que quiero tanto a St. John: porque me ha venido de ti y de tus enseñanzas. Ojalá sea él para mí como una prenda de que tú mismo repararás la separación que tanto lamentas, haciendo lo mismo que él ha hecho»⁹².

Newman no quiere dejar atrás, en el anglicanismo, a su querido amigo. En este caso se saldrá con la suya, porque Henry y su esposa, ella unos meses antes, serán recibidos en la Iglesia Romana en 1850. Como tantos amigos, murió, bastante antes que Newman, en 1873. Newman predicó su funeral de exequias y, poco después, escribió la semblanza de Henry en un libro con sus escritos publicado por sus hijos.

Pasamos a Ambrose St. John, que como ya hemos dicho, llegó a Newman, cuando vivía en Littlemore, enviado por Henry Wilberforce. Llegó y no se separó de él hasta su muerte. Treinta y dos años de vida compartida, incluida la ordenación sacerdotal en Roma. Lo que significó para Newman su amistad y también la amistad de sus hermanos del Oratorio, lo expresa sin necesidad de comentario, el final de la *Apologia*:

Termino esta historia tan personal con el nombre de san Felipe y en la fiesta de san Felipe. Siendo así, a nadie puedo dedicarla mejor, en señal de gratitud y afecto, que

⁹¹ Cf.: ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* VIII, I (Biblioteca Clásica. Gredos, Madrid 1919), 322.

⁹² MORALES, *Newman*, 155.

a los hijos de san Felipe, mis hermanos de esta casa, los sacerdotes del Oratorio de Birmingham: Ambrose Saint John, Henry Austin Mills, Henry Bittlesston, Edward Caswall, William Paine Neville y Henry Ignatius Dudley Ryder, que me han sido tan fieles, se han preocupado de mis necesidades, han disculpado mis defectos, me han llevado adelante en medio de tantas dificultades y no han ahorrado sacrificio que yo les pidiera; han sido alegres cuando yo transmitía desánimo y han hecho miles de cosas buenas de las que yo me he llevado el mérito. Con ellos he vivido tanto tiempo, y con ellos espero morir.

Y especialmente a ti, querido Ambrose Saint John. Dios te puso a mi lado cuando me quitó a todos los demás; tú eres el nexo entre mi antigua y mi nueva vida, tú llevas veintiún años dedicado completamente a mí, con tanta paciencia, tanta dedicación, tanto cariño; tú has permitido que me apoyara en ti con fuerza; cuando había algo que me afectara, tú no tenías ojos más que para mí, y nunca pensaste en ti mismo.

En ti reúno y recuerdo a todos aquellos entrañables amigos y maestros que, uno tras otro, Dios me dio en Oxford para que fueran, a diario, mi gozo y mi consuelo; también a quienes, de gran nombre y alto ejemplo fueron amigos íntimos y me demostraron sincero afecto en tiempos pasados; y también esos hombres más jóvenes, tan numerosos, conocidos o no, que nunca se permitieron conmigo la menor deslealtad ni de palabra ni de obra: de estos últimos, tan distintos en su relación conmigo, recuerdo especialmente a los que, desde entonces, han venido a la Iglesia Católica.

Con toda intensidad, y con una esperanza contra toda esperanza, pido al cielo por todos ellos, para que a todos, ellos y nosotros, los que una vez fuimos felices en la unidad, el Poder de la Voluntad divina nos reúna en un solo Rebaño bajo Un solo Pastor⁹³.

Newman tuvo también el doloroso deber de enterrar a St. John, como había hecho anteriormente con Froude, con Bowden, con Henry Wilberforce y con tantos otros. En el horizonte, un reencuentro definitivo con los amigos, pero, por encima de todo Dios, el *Unum Necessarium*:

«Mirando más allá de esta vida, mi oración primera, mi anhelo, mi esperanza ardiente es ver a Dios. El pensamiento de reencontrarme allá con mis queridos amigos de la tierra, palidece ante aquel otro. Sé, creo, que nunca moriré; esta expectativa tremenda de la inmortalidad me aplastaría si no fuera porque confío y pido que sea una eternidad en la compañía de Dios. ¿Cómo puede la eternidad ser algo bueno si no es con Él? Para la gente que quiero mi única oración es que ellos también vean a Dios. El pensamiento de Dios, su Presencia, su Fuerza, eso es lo que compensa y repara todos los sinsabores y aflicciones»⁹⁴.

⁹³ NEWMAN, *Apologia*, 333.

⁹⁴ NEWMAN, *Suyo con afecto*, 371-372.

CONCLUSIÓN

Más que una teoría sobre la amistad, Newman se nos ofrece, desde el mundo realísimo de lo invisible, como amigo y guía. ¿Quién escribe solo para sí tantas notas autobiográficas como las que escribió Newman? ¿Quién se afana con tanto ahínco por guardar y ordenar papeles y cartas, sino quien espera ser recibido como amigo? A veces recopila y ordena cartas ya enviadas para responder a una acusación, así lo hizo para escribir la *Apologia*. Pero su afán minucioso va más allá de su presente y parece buscar amigos aún desconocidos. En un apunte personal, con 39 años, se pregunta si, al llegar a la vejez, tendrá hijos espirituales interesados en sus notas personales⁹⁵, es decir, interesados en su amistad. Desde luego, yo lo querría a mi lado, como Dante quería a su lado a Virgilio, a Beatriz y a san Bernardo. No seré el único. Newman nos interesa como amigo.

BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES,

Ética a Nicómaco VIII, I (Biblioteca Clásica. Gredos, Madrid 1919).

GARCÍA RUIZ, VÍCTOR,

“Los amigos de John Henry Newman, y un viejo capote azul”:
Scripta Theologica 52, 2 (2022).

GREGORIO TAUMATURGO,

Elogio del maestro cristiano (Biblioteca Patrística. Ciudad Nueva, Madrid 1990).

KER, IAN,

John Henry Newman. Una biografía (Palabra, Madrid 2009).

MORALES MARÍN, JOSÉ,

Newman. 1801-1890 (RIALP, Madrid 1890).

JOHN HENRY NEWMAN,

Escritos autobiográficos (Taurus, Madrid 1962).

Verses on Various Occasions (1874).

Sermones parroquiales I (Encuentro, Madrid 2007).

Sermones Parroquiales VII, (Encuentro, Madrid 2014).

⁹⁵ NEWMAN, *Escritos autobiográficos*, 195.

Carta al duque de Norfolk (RIALP, Madrid 2005).
«Biglietto Speech». En: *ID., Cartas y diarios* (Rialp, Madrid 1996).
La vocación oratoriana (La hormiga de Oro, Barcelona 2004), 250.
La fe y la Razón. Sermones Universitarios (Encuentro, Madrid 1993).
El asentimiento religioso (Herder, Barcelona 1960).
Suyo con afecto. Autobiografía epistolar (Encuentro 2002, Madrid).
Discursos sobre la fe, (Neblí, Madrid 2000).

SOPENA, FEDERICO,

“Prólogo”, en: JOHN HENRY NEWMAN, *Escritos autobiográficos* (Taurus, Madrid 1962).

TREVOR, MERIOL

J. H. Newman. Crónica de un amor a la verdad (Sígueme, Salamanca 2010).

TRISTRAM, HENRY,

Newman and his Friends (London, 1933)